

INTRODUCCIÓN

Prólogo a: Lolo, Eduardo. *Mar de espuma. Martí y la Literatura Infantil*. Miami, FL: Ediciones Universal, 1995. Páginas 7-11.

No hace mucho tuve la oportunidad de asistir a un simposio sobre Literatura Infantil en idioma español al que concurren varios de los más importantes escritores para niños de América y Europa. Al margen de las actividades programadas —sumamente interesantes todas, dicho sea de paso—, se me ocurrió en una de esas ‘sesiones de pasillo’ características de este tipo de evento, hacer una misma pregunta, por separado, a varios de los asistentes: “¿Qué influencia cree Ud. que haya tenido en su obra la Literatura Infantil del Modernismo?” Las respuestas, aunque no iguales, siguieron un mismo patrón de asombro: “¿La Literatura Infantil del qué...?” Luego, al cambiar la pregunta y referirme directamente a José Martí, Juan Ramón Jiménez u Horacio Quiroga, las respuestas se hicieron copiosas y hasta emotivas; todos reconocieron, en grados variables, la importancia del legado recibido de alguno o todos los autores mencionados.

Esa desarticulación entre las obras infantiles de los modernistas y el movimiento al que pertenecieron, no me tomó por sorpresa. En los estudios sobre el Modernismo, tal parece que el primer movimiento literario de factura netamente hispanoamericana quedó circunscrito a la categoría de literatura para adultos; en efecto, las obras para niños no ocupan más que unos pocos párrafos de objetivos eminentemente informativos, cuando no quedan reducidas a perdidas notas al pie de página. Los trabajos sobre Literatura Infantil, por otra parte, dan la impresión de que el Modernismo fue ajeno a dicha categoría literaria, algo así como un estilo desarrollado únicamente en las producciones para adultos al margen de las obras para niños de los mismos creadores, como si las categorías literarias fueran del todo independientes o los autores del período que incursionaron, tanto en la literatura infantil como en la de adultos, se hubiesen ‘desdoblado’ para saltar de una a otra.

La realidad es bien distinta: la filiación estética de todo escritor está por encima de cualquier división categórica. Cada creador cambia los requerimientos categóricos según dirija sus obras a niños o a adultos, mas no los moldes estéticos que preconiza. Estos últimos, altamente influidos por condicionantes epocales, aparecen y desaparecen según los límites cronológicos de los movimientos a los que están asociados; pero mientras mantienen vigencia, se imponen en todas las categorías literarias del período. Los requerimientos de toda categoría literaria, por otra parte, se extienden más en el tiempo que los moldes estéticos, por cuanto son el resultado de siglos de formación, pero no los determinan. Cada movimiento literario de importancia ‘adapta’ sus postulados estilísticos a los condicionantes categóricos contemporáneos, con resultados varios de acuerdo a numerosos y complejos elementos. Pero la dualidad categórica de la mayoría de los movimientos literarios conocidos, es algo fuera de toda duda.

El Modernismo en particular fue uno de los movimientos literarios en que más balanceada aparece esa dualidad a que hacía referencia. Las obras para niños de características estéticas modernistas resultan tan o más importantes que las dirigidas a los adultos. Es más, mientras que la vigencia de las obras modernistas para personas mayores ya casi que ha quedado reducida al mundo académico, las infantiles siguen conquistando lectores, conformando un corpus ‘vivo’ con cada nueva generación de niños hispanos.

Con el siguiente ensayo de análisis literario me propongo comenzar a ‘desfacer el entuerto’ señalado destacando la importancia del Modernismo dentro de la Literatura Infantil, y viceversa. Para ello, acudo a quien ha sido considerado uno de los iniciadores del Modernismo como movimiento literario: el cubano José Martí (1853-1895)¹, y su conocida obra para niños: *La Edad de Oro*, de 1889. Otros trabajos, en preparación, analizarán la Literatura Infantil del Modernismo después de Martí, en que incluyo, entre otros, al español Juan Ramón Jiménez y al uruguayo Horacio Quiroga.

La bibliografía crítica sobre *La Edad de Oro* acumulada comienza a raíz de la aparición del

¹ Cf. Iván A. Schulman, *Génesis del modernismo: Martí, Nájera, Silva, Casal* (México: El Colegio de México y Washington UP, 1966).

primer número de la revista y se extiende hasta nuestros días. Sin embargo, casi todos los análisis de este trabajo martiano publicados hasta ahora se ocupan de su contenido sólo parcialmente o adolecen de una excesiva centralización en la obra en sí, en detrimento de su inter-relación con el movimiento literario modernista en general y su ubicación categórica en tanto que producto de una larga sedimentación cultural de extensión internacional. Otro aspecto negativo en los estudios sobre *La Edad de Oro* editados —y particularmente los correspondientes a las últimas décadas—, es la forzada interpretación política de algunos de sus textos de acuerdo a postulados del todo modernos, tendiente a justificar actitudes históricas completamente anacrónicas con la época en que Martí escribió y publicó su obra. A ello únase, como se verá en este ensayo, que no pocos de dichos estudios adolecen de errores de fondo, o se basan en conceptos críticos del todo caducos en este otro fin de siglo.

Así las cosas, el presente ensayo se propone analizar lo que *La Edad de Oro* (en su totalidad) representó para la Literatura Infantil de su época en base a su militancia estilística, con especial interés en el esclarecimiento de sus fuentes y estructuras estéticas. Mi análisis crítico (entendiéndose por tal la descomposición de un texto en sus elementos constitutivos, y subsiguiente evaluación e interpretación), lo haré siguiendo preferentemente (pero no exclusivamente) el método estilístico, tal y como se le conoce en la actualidad². El carácter eminentemente lírico y esteticista del Modernismo, propicia dicha selección metodológica, la cual desarrollo partiendo de sus dos grandes principios operatorios: la cuantificación estilística y la radicación subjetiva del estilo³. Ambas, sin embargo, aparecerán desarrolladas, dadas las dimensiones de la obra a analizar y los objetivos de este estudio, sólo de manera parcial y discriminativa, inter-relacionándose de manera tal que la cuantificación (tendiente más a la identificación que a la computación) sirva de base a la radicación, y viceversa.

Complementando esa aproximación estilística, y a fin de propiciar una (casi siempre esclarecedora) óptica histórico-literaria al análisis de los textos que conforman *La Edad de Oro*, haré hincapié (siempre que lo considere relevante) en las condiciones epocales y particulares en que esta obra martiana se halla enmarcada, aunque partiendo en todo momento de la modalidad regresiva (del texto a sus condiciones históricas) a fin de que éste, y no sus condicionantes, quede siempre como centro y partida de mi estudio. Es por ello que referencias, aclaraciones y alusiones a elementos pre-textuales y sub-textuales, completarán el análisis del texto literario en sí.

Han pasado ya unas cuatro décadas desde mi primer encuentro con *La Edad de Oro*. Entonces, como no sabía leer, tenía que apoyarme en mis mayores para tener acceso a su mundo de amor, encanto y poesía (demás está decir cuánto me sirvió de acicate para el rápido aprendizaje de las palabras escritas que ahora me rodean). Luego, como hermano mayor y, más tarde, como padre, me dio la oportunidad de iniciar a dos nuevas generaciones en el culto a la belleza, la libertad, la igualdad, la caridad y todo lo que destila de cada página de esta obra inmortal. Ahora, como crítico, retorno a ella para comprobar, luego de centenares de cuartillas emborronadas con los ineludibles tecnicismos que todo análisis literario moderno conlleva, que las imágenes pristinas de aquellas ‘lecturas’ infantiles —que creía perdidas—, han permanecido inalteradas. Nada han podido desvanecer por el tiempo y las distancias; en el crítico maduro se repiten las mismas emociones sentidas por el niño que esperaba, ansioso, a que alguno de sus familiares pudiera descifrarle las maravillas ocultas tras aquellas enigmáticas líneas negras que contemplaba impotente, o del ya letrado que ayudaba a traducir su magia a los niños de la familia que lo siguieron. En ese sentido, todo el trabajo investigativo que este ensayo conllevó y hasta su misma redacción, significó para mí un atisbo de (cuando no un retorno a) *mi* Edad de Oro, o a la de algunos de mis seres más queridos.

Pero hay más: otra enésima lectura de los cuatro números que conformaron la revista, luego de leer mi estudio de los mismos, me sorprendió con una conclusión que para algunos resultaría frustrante: que mi trabajo dista mucho de haber agotado el análisis y las posibilidades

² Cf. José Luis Martín, *Crítica estilística* (Madrid: Gredos, 1973); Michael Cummings, *The Language of Literature: A Stylistic Introduction to the Study of Literature* (New York: Pergamon Press, 1983); Pierre Guiraud y P. Kuentz, *La Stylistique* (Paris: Klincksieck, 1970); Marcel Cressot, *Le Style et ses techniques* (Paris: P.U.F., 1974). Para otras fuentes, véase: James R. Bennett, *A Bibliography of Stylistics and Related Criticism, 1967-1983* (New York: MLA, 1986).

³ Cf. Carlos Reis, *Fundamentos y técnicas del análisis literario* (Madrid: Gredos, 1981) 188-95.

interpretativas de *La Edad de Oro*. Mas ello es algo del todo lógico: la condición de “mina sin acabamiento” de que hablaba Gabriela Mistral refiriéndose a Martí, puede (y debe) ser aplicada a su producción infantil tanto como a sus obras para adultos. Un acercamiento diferente (por ejemplo, un análisis eminentemente semiótico, o un cotejamiento total de los textos martianos y sus fuentes en otros idiomas, siguiendo los métodos de los estudiosos de literaturas comparadas), arrojaría nuevos resultados que completarían o complementarían mis hallazgos e interpretaciones. Dejo, pues, otra (múltiples) puerta(s) abierta(s) que espero transiten los críticos que continúen este intento de extraer de la insondable mina martiana más riquezas.

La fecha en que doy a la publicidad este ensayo le aporta, por otra parte, una significación especial: la de servir de homenaje al Apóstol de la Independencia de Cuba en el Centenario de su muerte. A 100 años de su desaparición física, la obra histórica de Martí se encuentra más inconclusa que nunca. Aquella Cuba “con todos y para el bien de todos” que intentó construir aun al precio de su propia vida, continúa siendo un sueño al parecer inalcanzable. Pero que no lo es. Para convertirlo en realidad dejó Martí su legado, incluyendo —y en un sitio preferencial, por cuanto está dirigida a los hombres de mañana—, la obra aquí analizada.

Si el presente trabajo contribuyera a propiciar la recepción de ese legado, habría cumplido su más caro objetivo. Mientras, basado en todo lo recibido en los señalados decenios de lectura y relectura de esta obra, y en el amor y el cuidado que desarrollé en su análisis, no creo pecar de excéntrico o vanidoso si exclamo con orgullo —siguiendo los deseos del propio Martí—, que “(Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo!”

New York, verano de 1994